



HIJOS DE EDUARDO

Cuando el teléfono de casa sonó, Cristian estaba viendo “Eduardo Manostijeras” por quinta vez en esa semana. Su mamá estaba al otro lado, como se había imaginado, haciéndole las advertencias de siempre:

–No comas porquerías, y si vas a poner alguna película en el DVD que no sea otra vez la del tipo de las cuchillas, que luego sabemos lo que pasa. No se te ocurra tocar las tijeras de la cocina, mira que están de limpiar pescado y Dios sabe qué puedes pillar con ellas.

–No mamá, no las toco – le respondió apáticamente, mientras jugueteaba con las mismas tijeras que ella le pedía que no usara y, en la pantalla, Eduardo cortaba el pelo con destreza a una mujer del barrio.

–En un par de horas estoy en casa, y si te has portado bien te llevaré alguna golosina.

–Vale mamá.

Él no quería golosinas, ni ningún otro juguete que no fuese aquellas fantásticas tijeras, pero como las madres tienen la capacidad de convertir sus advertencias en maldiciones que se cumplen irrevocablemente, en un mal movimiento se clavó la punta de la parte más fina en la palma de la mano izquierda. Un pequeño hilo de sangre comenzó a manar perezosamente de la herida. Lo observó curioso durante unos segundos, hasta que se dio cuenta de que varias gotas habían caído ya en el sofá.

Apresuradamente, se fue a la cocina, puso un trozo de papel absorbente sobre el minúsculo corte y agarró el jabón lavavajillas y un estropajo, dispuesto a eliminar las manchas antes de que su madre las viese. Enseguida sabría por qué estaban allí, y no tenía ganas de escuchar la perorata de siempre, que le quitase el DVD de su película favorita y le castigase sin consola ni libros.

Para su propia sorpresa, la mancha de sangre salió sin problemas, dejando apenas unos pequeños cercos que al secarse pasarían desapercibidos hasta para la infalible vista de águila (buitre)

de su progenitora.

No fue hasta varios minutos después, mientras disfrutaba del mágico final de la película, cuando empezó a notar el cosquilleo en la heridilla. Apartó el trozo de papel, que inconscientemente todavía mantenía apretado en la palma de la mano, y se sorprendió al observar que los bordes del agujerillo habían cobrado la forma de unos carnosillos labios que boqueaban frenéticamente, como si perteneciesen a alguien que intentaba en vano coger aire, o más bien mamar de una tetina invisible. Ante esta visión, no sintió repulsión ni asco, sino más bien una sensación de bienestar gratificante. Esa boca había sido engendrada por su máspreciado utensilio, por la herramienta que otorgaba a Eduardo la capacidad de atraer y repeler a partes iguales, la fuente de su indudable carisma.

Tras el esfuerzo inicial, finalmente las pequeñas fauces le hablaron. Le pidieron que se fijase en cómo se extendían las raíces de su poder, desde la herida hacia el resto del cuerpo; pequeñas hebras negras que se iban entremezclando entre sí, dejando la piel de un tono pardo pálido a su paso. Le contaron que pronto sería un no muerto, un zombie, y que tendría una misión como primero de la nueva especie, que consistiría en reclutar para la causa a todo aquel que se cruzase en su camino.

Corrió al cuarto de baño, a mirarse en el espejo. La imagen que le devolvió lo dejó extasiado de placer. Su rostro era ahora de un sano color verdoso, con venillas negras que lo adornaban como un hermoso tatuaje tribal. Abrió la boca y comprobó que tenía la lengua negra e hinchada, enmarcada por unos dientes que habían perdido todo su brillo marfileño en beneficio de un amarillo mostaza mucho más atractivo. Cuando uno de sus incisivos calló en la pileta, con un coágulo de sangre pegado, decidió que era mejor mantener la boca cerrada.

Los pequeños labios de su herida continuaron moviéndose y hablándole, describiendo el proceso que ahora se desencadenaba. Le explicaron que debía alimentarse o, de lo contrario, pronto su cuerpo entraría en un proceso vertiginoso de deterioro, y lo que había pasado con su diente podría suceder con brazos, piernas o incluso la cabeza.

Aunque la idea de que su madre llegase a casa y se lo encontrase completamente desmembrado le resultaba morbosamente seductora, Cristian aceptó su nuevo cometido y, empuñando con firmeza las tijeras, que enseguida se incrustaron en la carne de su mano, fundiéndose en ella, salió de casa resuelto a cumplir con su destino.

El primero en unirse fue Raúl, su vecino de la casa de al lado. Durante mucho tiempo le había atormentado con sus bromas de mal gusto, llamándole friki y amedrentándolo con amenazas y torturas psicológicas injustificadas. Sintió un agujonazo de placer cuando le ensartó las tijeras por la espalda, rasgándole la piel desde la nuca hasta la mitad de la columna. La sangre, que caía a borbotones, comenzó a volverse verdosa a los pocos segundos, confirmándole así su plena transformación. Cuando se hubo cerciorado de que le acompañaría en su odisea zombie, lo envió a la cocina a por las tijeras de su madre.

Las palabras eran innecesarias entre los dos seres, ya que su nuevo idioma era algo más primitivo, una especie de mentalidad de manada. En pocas horas habían contagiado a casi todos los niños del vecindario, y Cristian decidió reunir su horda de infantes putrefactos en el descampado de las afueras.

La funesta comparsa atravesó el pueblo, sembrando el pánico entre los vecinos, que observaban horrorizados cómo sus hijos caminaban como autómatas, dejando a su paso pedazos de sus propios cuerpos; señales para encontrar el camino de vuelta, como una versión gore de Hansell y Gretell.

Cuando hubieron llegado a su destino, la letanía de quejidos perezosos de los muertos vivientes cesó por completo. Todos centraban su atención en el guía, mientras mantenían un brazo en alto, con las tijeras aferradas, que se hundían en las palmas de sus manos hasta adherirse a los huesos.

Allí parado, como líder provisional de la congregación, les explicó que su poder no debía extenderse a los adultos, que ellos jamás

les comprenderían. No obstante, tampoco se podían permitir el lujo de dejarlos con vida y que pudiesen acabar con ellos. Si no continuaban pronto su camino, tarde o temprano comenzarían a pudrirse, mermando su capacidad de desarrollo, lo cual supondría el fin de su misión.

El colectivo consultó la finalidad de la misma, y entonces Cristian les reveló el nombre del que debía liderarlos en el nuevo orden: Eduardo Manostijeras. Unos pocos asintieron, comprendiendo al instante la lógica de aquella revelación, pero otros muchos se miraron entre sí, dubitativos. Entonces, Cristian enfureció, entendiendo que aquellos pobres desgraciados todavía no habían pasado por el sagrado ritual de visualizar la nueva Biblia que había despertado en él el poder con el que ahora les estaba obsequiando desinteresadamente.

Sin más dilación, tomó rumbo hacia el cine del pueblo, en el cual tenía constancia de que se guardaba con celo la única copia en pantalla grande que había podido disfrutar de la obra suprema en toda su vida.

Y allí, sin prestar atención a su propia descomposición, los niño-zombies presenciaron el milagro del Nuevo Testamento, y al terminar, con las mejillas cubiertas de purulentas lágrimas, se hicieron la promesa de encontrar a aquel Mesías de cabello desordenado que poseía el gran don en sus propias manos.

